

La Tarumbela se viste de negro



Martín Olmos, Alejandro Menéndez, Luz María Rodríguez,
Ana María Martínez, Ana Isabel Gil, Belén Fernández,
Esperanza García, Regina García y José María Araus

ATENEO RIOJANO

26 junio 2014

Imagen de portada: Eva Lasanta

Ateneo Riojano
Muro de Cervantes, 1-1º 26001-Logroño
941251938
info@ateneoriojano.com

Depósito Legal: LR425-2014

Striptease

Escribir es desnudarse y no hablo del pudor de quitarse la ropa, no. Es algo que va más allá de lo físico, es descubrir tu alma ante los demás, coger tu corazón entre tus manos y ofrecérselo a cualquiera que quiera asomarse. Y por eso, no puedo creer la suerte que tengo, que yo, Su Excelentísima Señorita Nadie, haya tenido el privilegio de descubrir la esencia de tan brillantes auras a través de los textos con los que los alumnos me han obsequiado. Esencias en pequeños frascos que interiorizaba una vez por semana y que ya estoy añorando. Intentaré por todos los medios desengancharme, aunque temo que en días de recaída volveré a leer el blog de 'La Tarumbela' y esa lectura no podrá nada más que reconfortarme.

Durante el Taller de Escritura Creativa 2014 hemos deambulado entre las ánimas de autores como Cortázar, Capote, Benedetti o Kapuscinski, reservando el último baile para García Márquez. Finalmente, hemos recalado en Martín Olmos y su 'Escrito en negro'. No fue fácil elegir una crónica de las tantas que nos cautivaron, pero la historia del profesor Liviu Librescu en la masacre de la Universidad de Virginia en 2007 nos atrapó. Este opúsculo, que no puede ser de otro color que negro, está compuesto por microrrelatos creados por los componentes de este Taller a partir del punto de vista de diferentes personajes implicados en la trama. Señoras y señores: pasen, lean y disfruten del striptease.

Montse Catalán

Coordinadora del Taller de Escritura Creativa 2014.

<i>Un héroe de la judería y un imbécil coreano, un tango y un cuplé</i> Martín Olmos	5
<i>Una ventana con vistas al campus</i> Alejandro Menéndez Sastre	10
<i>Hola, ¿cómo estás?</i> Luz María Rodríguez	12
<i>Su familia, la víctima número 34</i> Ana María Martínez García	14
<i>Masacre en Virginia. Estudiante Richar</i> Ana Isabel Gil Andrés	18
<i>Menéndez y sus locas conclusiones</i> Belén Fernández Lafuente	19
<i>Y yo, ¿quién soy?</i> Esperanza García Moreda	20
<i>No hay nada comparable</i> Regina García García	21
<i>El testigo</i> José María Araus	23

***Un héroe de la judería y un imbécil
coreano, un tango y un cuplé
—El día que Liviu Librescu dejó de correr—***

*“Liviu Librescu murió, como Leónidas y sus hoplitas espartanos y
tespios, defendiendo una puerta para dar tiempo a que otros se
pusieran a salvo”*

JON JUARISTI

Charles Darwin concluyó que no sobrevive el más fuerte, sino el que mejor se adapta a las circunstancias. El árbol que se mantiene firme contra el viento se quiebra, pero el bambú que se mece en su dirección permanece. Eso lo dijo Confucio o David Carradine en un capítulo de Kung-Fú, todavía se sigue discutiendo. La inclusión del bambú en la metáfora inclina a pensar que en todo caso lo dijo un chino. Un proverbio español dice que el soldado que huye sirve para otra guerra. Los maleables vivimos más tiempo que los audaces y seguimos la recomendación de Ovidio de andar por el camino de en medio. Recordamos que mamá nos decía que cuando se cierra una puerta no hay que poner los dedos. Adaptarse es una manera eufemística de reconocer la cobardía y todos somos valientes de lejos, pero aflojamos conforme vamos acercándonos. Lord Charles Wilson, primer barón de Moran, que obtuvo la Military Cross en la Primera Guerra Mundial y fue el médico personal de Winston Churchill, sostenía que el coraje no es un ingreso, sino un capital que cada hombre posee en una cantidad delimitada y consumible. Un día, el profesor Liviu Librescu se cansó de huir y decidió gastar su cuota de valor. Puso los

dedos cuando se cerró la puerta. Podía haberse adaptado a las circunstancias y saltar por una ventana, arriesgándose a un trompazo de tres metros, pero se quedó haciendo frente al viento y lo tumbaron como al árbol, al contrario que el bambú. Liviu Librescu sobrevivió a la Guardia de Hierro de Antonescu, a los campos de concentración nazis y a la persecución de Ceaucescu, y le acabó matando en la tierra de la libertad un chaval idiota adicto a los videojuegos que tenía manía persecutoria, dos pistolas y nunca se había comido una rosca. De la muerte solo nos separa el tiempo, dijo Hemingway, y se presenta sin haberle pegado un repaso al historial del cliente haciendo que morir se, además de inevitable, a veces sea raro. Don Nicolás Paredes, matón porteño y rufián de golfas, sobrevivió a un centenar de peleas a cuchillo y, sin embargo, murió al caerse borracho del pescante de un carro. El saltimbanqui inglés Robert Leach sobrevivió a un salto de cincuenta metros en las cataratas del Niágara metido en un barril de metal y, sin embargo, murió de gangrena después de romperse una pierna al resbalarse con una monda de naranja. La condesa polaca Krystyna Skarbek peleó en la batalla de Vercors contra los regimientos de las SS y escapó de la Gestapo mordiéndose la lengua para escupir sangre y simular que tenía tuberculosis y, sin embargo, la mataron a cuchilladas en una riña pasional en un hotel de segunda en donde el destino la había puesto a fregar escaleras. El profesor Liviu Librescu sobrevivió a los monstruos y, sin embargo, le mató un imbécil.

El imbécil

El imbécil era Cho Seung-hui, un coreano con la adolescencia torcida que vivía en un país en el que te

regalan un fusil semiautomático con las bolsas de patatas fritas. La adolescencia es la parte de nuestra vida en la que refrendamos con entusiasmo la teoría biológica del evolucionismo ilustrándola con un comportamiento simiesco que se manifiesta en el recelo, la consecución de homéricos records sexuales en solitario y el convencimiento de que todo el mundo juega en el equipo contrario. Y cualquiera en su sano juicio sabe que no hay que darle a un mono dos pistolas. Cho Seung-hui era además un esquizofrénico con trastorno bipolar que tenía una novia imaginaria porque no se le daban bien las de carne y hueso. Hablaba poco, le educó la tele, acosaba a las chavalas y pensaba que todo el mundo conspiraba contra él. Se compró una pistola Glock de nueve milímetros y una Walter del calibre 22, un cuchillo, ropa negra y el 16 de abril de 2007 entró en la Universidad Estatal de Virginia y mató a treinta y dos personas antes de pegarse un tiro. A la mañana siguiente enterraron a los muertos y fueron a la tele a largar lo de siempre los sociólogos, la Asociación del Rifle y Michael Moore, que se puso calcetines limpios para la ocasión.

...y el héroe viejo



La baja de mayor edad de aquella masacre fue el profesor Liviu Librescu, que fue acribillado en la puerta del aula 204 del edificio Norris Hall, a las diez menos cuarto de la mañana. Liviu Librescu era judío, tenía 76 años y problemas con la próstata. Nació en Rumanía en 1930 y con catorce años fue perseguido por la terrible Guardia de Hierro de Ion Antonescu, que fue responsable de la matanza de casi medio millón de judíos. La familia de Librescu fue trasladada al gueto de Focsani y después la encerraron en el campo de concentración nazi de Transnistria. Librescu sobrevivió de milagro y con la derrota del Eje le llevaron a un campo de trabajo soviético. Después de la guerra se graduó en ingeniería aeronáutica en el Instituto Politécnico de Bucarest y fue miembro de la Academia Rumana de las Ciencias, que le otorgó en 1972 el premio Traian Vuia, considerado su máximo galardón. Librescu se especializó en aeroelasticidad y aerodinámica y sin embargo volvió a ser perseguido por el dictador Ceaucescu cuando no quiso jurar fidelidad al partido comunista. No acabó tomando baños de sombra por la intercesión del primer ministro israelí Menahem Beguin, que consiguió su traslado a Tel Aviv en 1978. Se convirtió en uno de los principales especialistas mundiales en aeroelasticidad de las estructuras y en 1986 emigró a los Estados Unidos para dictar clases de mecánica de los cuerpos sólidos en la Universidad Estatal de Virginia, que le nombró Doctor Honoris Causa en el año 2000. El día de la matanza llevaba once años de retraso en su jubilación. Cuando Cho Seung-hui entró disparando en el edificio Norris Hall, los alumnos del aula 204 rompieron los cristales de las ventanas para saltar

desde el segundo piso y escapar de la carnicería. El profesor Librescu se cansó de sobrevivir y decidió quedarse y gastar su capital de coraje, la cantidad consumible del barón de Moran. Para dar tiempo a los chicos bloqueó la puerta con su cuerpo. El estudiante Richard Mallalieu le intentó ayudar, pero Librescu le ordenó que saltase. Cho Seung-hui empujó la puerta con el hombro. Librescu tenía 76 años y medía apenas metro setenta y Cho Seung-hui tenía 23, alcanzaba el metro noventa y pesaba cerca de los ochenta kilos. Librescu aguantó tres embestidas. Los muchachos escaparon saltando los tres metros y medio que caían al jardín. Uno se rompió las dos piernas. Cho Seung-hui disparó a través de la puerta y acertó a Librescu, después entró y le remató. Todos los alumnos del aula 204 salieron de una pieza porque contaron con el tiempo que les proporcionó el bloqueo de Librescu, que había huido de su país pero no quiso escapar de una habitación. El Talmud dice que quien salva una vida, salva al mundo entero. Hemingway decía que de la muerte solo nos separa el tiempo, y al profesor Librescu le separó una ventana por la que no quiso saltar y se quedó a apagar la luz. Sobrevivió al holocausto y a la persecución de Ceaucescu pero la última ronda la pagó él. Abonó la espuela con su capital de valor.

Martín Olmos

Una ventana con vistas al campus

A través de los móviles, un mensaje corría como la pólvora. Aquel 16 de Abril del 2007 en Blacksburg, en la Universidad Estatal, un estudiante llamado Cho, armado con sendas pistolas, había tocado diana en el dormitorio de los novatos de Ambler Johnston.

Los estudiantes pensaron que era otra broma de los veteranos, hasta que vieron ante sí a uno de ojos rasgados y aspecto de boy scout, repartiendo estopa a todo imberbe que se le ponía a tiro.

Yo, Liviu Librescu, me encontraba en el polo opuesto del campus dando clase de ingeniería a mis acólitos. Fui siempre un superviviente nato, me había librado de campos de concentración y de la mano de hierro de Ceaucescu. Después emigré a Israel, para luego recalar en EEUU, tierra de providencia.

Tenía que tomar una decisión y el tiempo se me echaba encima, y el descerebrado también. Me asomé para ver qué determinación habían tomado mis vecinos, los de computación. Ellos habían resuelto hacer una barricada -tipo tetris- con todo el mobiliario, para evitar el acceso del maníaco al aula.

Gire sobre mis talones, eran las 9:15, e indiqué a mis alumnos que la única solución posible era la fuga por las ventanas. Ellos se cruzaron miradas, estaban en una ratonera.

—Pero, profesor ¿no hay mejor vía de escape, que arrojar al vacío desde tres metros y medio?

—Me temo que no —musité.

Es mucha caída, aún para un alumno de técnica de materiales, así que les ofrecí una solución.

—¿Quizás podéis hacer una torre de “castellers”?, es decir, los primeros en abrazar el suelo levantaréis una torre humana por la que el resto de los compañeros descenderá.

Acogieron la propuesta y sin dilación, les ordené que los más robustos fueran los primeros en saltar. Para continuar la defenestración de los atléticos, les seguirían los pícnicos y después los leptosomáticos.

Kelly, de ojos verdes y pelo supercepillado, me rogó con su mirada angustiada que también yo pusiera pies en polvorosa, pero pensé que era un buen momento para despedirme de mis problemas de próstata. Me había cansado de luchar y hoy me enfrentaría a mi destino. Tenía que optar entre mi vida y las de mis pupilos. Era momento de agradecer todo lo que se me había dado, y así, con determinación y aplomo, entorné la puerta, y con mi cuerpo en forma de equis, me apalanqué como un escudo en el dintel.

Al otro lado, un coreano con aspecto de boy scout y 93 kilos de peso, se plantó delante del aula 204, realizando varios disparos, pero no me amilané y mantuve firme hasta tres embestidas de aquel gigante asiático. Después, Cho me descerrajó dos últimas balas, que me hicieron sendos ojales en mi camisa.

Alejandro Menéndez Sastre

Hola, ¿cómo estás?

Observa su rostro reflejado en el espejo y no se corresponde con nada. Solo, tan monstruosamente solo un interrogante ante sus ojos, dentro de su mirada, en lo más profundo de un corazón a punto de reventar de puro dolor. Este odio, este rencor. ¿Quién introdujo mi carne en el cañón? ¿Qué hago con toda esta repugnancia? Asco de vivir, mierda de mundo para los poderosos, podridos hedonistas que disfrutaban con la sangre de los humildes, los incomprendidos, los indefensos que carecemos de voz.

Cho no entiende nada pero cree ser un superdotado aislado brutalmente por los demás, desterrado por siempre, desde siempre, y condenado a un sufrimiento extremo que nunca termina de brotar, porque asoma ya congelado. Su cabeza es un torbellino eléctrico, una montaña rusa imparable, carros rebosantes de palabras intentando frases, inventando comunicación, subiendo y bajando, girando en torno a ningún eje visible más allá de la rabia, la impotencia, la frustración. Los raíles de su silencio.

Sordo, ciego y mudo dolor. ¿Cómo salvarse? De repente una luz, una chispa de sentido, y la mente de Cho se pone manos a la obra en pos de la línea recta hacia el sacrificio, la venganza, el salón de la fama y un nombre para la posteridad. Para siempre, héroes de Columbine. Cho Seung-Hui huye de sí disparándose al objetivo.

Soy la víctima, soy el ejemplo devastador, el hijo del tiempo y muero matando porque si Jesucristo estuviera en mi lugar, haría lo mismo: Compraría un

par de pistolas, más de quinientas balas y se entrenaría en un campo de tiro. Son las "ventajas" de vivir en EEUU. Comprobaría la capacidad de reacción de la seguridad del campus, planificando todo minuciosamente. Incluso las cadenas y candados para bloquear las puertas de salida, algo que no se les ocurrió a Eric y Dylan. Soy el mejor. La primera en caer será la zorra de Emily.

Observa su rostro, su cuerpo, sus armas, sus gestos y poses en la pantalla de su videocámara. Ahora cree entenderlo todo y que por eso ya no hay dolor. Pero es justo al revés, Cho. Sigue habiendo un espejo, no has atravesado nada, te has convertido en un miserable ser hambriento de sangre y de poder. Ese es tu reflejo ahora. La violencia, porque has perdido el corazón y, sobre todo, porque puedes. Solo, tan monstruosamente solo, un signo de admiración. Aberrante narciso.

Son las 8:45 de la mañana del 16 de abril de 2007. El paquete va camino de la NBC. Cho Seung-Hui va a cometer una masacre en el Virginia Tech. Por fin va a ser capaz de mirar a los ojos de otros, justo antes de disparar y decir: Hola, ¿cómo estás?

Luz María Rodríguez

Su familia, la víctima número 34

Desde la habitación donde los tienen “protegidos” puede ver a los agentes del FBI ocupados con sus móviles. No llega a oír todo lo que dicen, ni mucho menos lo que les contestan al otro lado, pero sabe que están organizando su traslado a otro estado, a otra ciudad, a otra casa. La angustia que se había instalado en su pecho en cuanto supo la noticia le pesa como una losa y a veces le cuesta respirar. Mira a su marido, nunca le había visto tan hundido y desolado, ni en los peores momentos de su dura llegada a este país. Parece viejo y totalmente vencido. Las lágrimas vuelven a correr por sus mejillas sin que pueda ni quiera detenerlas, se siente desgarrada e impotente. No puede hacer nada para ayudar a su marido, ni siquiera puede mirar a su hija que se ha quedado quieta y en silencio desde que le han dicho que esperase con ellos en la habitación. Se da cuenta que desde que llegó a casa acompañada por dos agentes, han dejado todo en sus manos, ella ha tomado las riendas con la misma dulzura y eficiencia que hace todo. Agacha la cabeza y deja que las lágrimas resbalen por su cara, ni siquiera ha llorado por su pobre niño... ahora, en el silencio opresivo de esa habitación, se pregunta, sin poder evitarlo por más tiempo, dónde lo tendrán y cuándo podrán hacerse cargo de su maltrecho cuerpo para el funeral. Este pensamiento hace que la angustia de su pecho crezca y los sollozos salgan agónicos desde su garganta. Su hija corre a su lado y la abraza, después apoya la frente sobre la cabeza de su madre y llora en silencio.

Su marido las mira impotente, desolado, con los ojos rojos de lágrimas no derramadas. Se le ve solo y perdido.

—¿Cómo puede un padre asimilar algo tan terrible? —La pregunta vuelve a su cabeza una y otra vez. No consigue que sus pensamientos surjan ordenados, algo se ha roto en su cabeza cuando los agentes aparecieron en la lavandería con una foto de su hijo. Al principio pensó que era un error.

—¡No puede ser! —les dijo a los agentes —. Se han equivocado, mi hijo es un chico callado, tranquilo y educado —les aseguró convencido de que se equivocaban.

A veces había tenido algún problema porque no aceptaba bien el rechazo de sus compañeros. Pero él le había enseñado que tuviese paciencia, fuese cortés y educado, que al final todo saldría bien. Esa forma de actuar le había ido siempre bien a él y a su hija también. La mira y una oleada de calor se extiende por su pecho.

Se siente orgulloso cuando la ve salir por las mañanas hacia su trabajo, en el Departamento de Estado nada menos, es una buena chica, obediente y muy trabajadora, fue la mejor de su promoción. El día de su graduación sintió que todo lo que había sufrido y perdido estaba bien empleado. Para eso vino a este país, dejando tanto atrás y sin volver la cabeza ni una sola vez, para buscar un buen futuro para sus hijos y darles una mejor educación. Y lo había conseguido: sus dos hijos en la universidad.

La realidad le saca de sus recuerdos y contempla vencido a las mujeres de su familia llorando abrazadas, cree ver desparramado por el suelo de ese

cuarto triste y cerrado todo su trabajo y sus sacrificios de tantos años. No puede dejar de pensar que su hijo se ha llevado todo y le ha dejado sin nada, incluso sin fuerzas para luchar. Se siente el hombre más pobre, más incluso que el día que llegó a esa ciudad con unos pocos dólares y su familia auestas. Por lo menos entonces tenía esperanzas y un futuro. Ahora solo le queda el desprecio de la gente y el dolor insufrible de la horrible realidad de lo que ha hecho su hijo. Con los ojos reseco y la garganta dolorida por la angustia vuelve a hundir la barbilla en el pecho.

La hija levanta la cabeza, su madre se tranquiliza poco a poco entre sus brazos y sus sollozos se han convertido en un llanto suave, silencioso. Observa a su padre preocupada, tiene muy mal color y no ha dicho ni una palabra durante las interminables horas que lleva durando esta pesadilla. Ha pedido un médico para él, su corazón les dio algún susto el verano anterior y ahora le ve respirar con dificultad. A ella también le cuesta, siente como una losa sobre el pecho. Piensa en su hermano y recuerda con ternura al muchachito triste y cansado que se agarraba fuerte de su mano cuando llegaron al país. En el colegio, enseguida, le diagnosticaron un autismo leve y le enviaron a terapia, eso le cambió. Cuando se hizo mayor y escuchaba las historias de niños abusados y maltratados, pensaba siempre en su hermano (Seung-Hui), en su mirada apagada y vacía cuando volvía de terapia, pero descartaba el pensamiento, inquieta, diciéndose que tenía mucha imaginación. Los problemas con su hermano empezaron cuando cumplió los 16 años, trataba a las chicas de forma violenta y torpe. Siempre se sintió rechazado.

Tampoco ayudaba que era incapaz de tener amigos, siempre estaba solo y aislado. Decidió entonces hablar con sus padres, ella ya estaba en la universidad y se iba haciendo cada vez más difícil eludir el problema. Lo duro fue hacérselo entender sin dar muchos detalles, pero consiguió que su hermano volviese a terapia. Entonces empeoró, se volvió más taciturno y reservado, en casa seguía encerrado en su habitación, callado y correcto, así que sus padres no veían nada. Ella habló con su terapeuta y éste le explicó que era una reacción normal porque empezaba a hacerse consciente de su problema, que lo dejara en sus manos.

Ella le creyó y fue un error, tal y como se vio después. Mueve la cabeza agobiada, nunca pensó que su hermano pequeño pudiese ser capaz de semejante violencia. Era un muchacho tan tranquilo que no encajaba para nada en la imagen de ese violento asesino que les han descrito.

Observa a los agentes que los custodian, ¿qué será ahora de su trabajo? Y ¿qué pensará su novio? No le han dejado hablar con él a pesar de la insistencia con que lo ha pedido.

En ese momento los agentes se movilizan y ve como dejan entrar a dos hombres y los acompañan hasta la habitación. El dolor en su pecho se aligera un poco cuando ve que uno de ellos es un médico. Pero lo que le hace soltar suavemente a su madre y correr a la puerta, es que el otro es su novio.

Ana María Martínez García

Masacre en Virginia. Estudiante Richar

Fue un empeño mío ir a esa universidad, cuando mi madre tuvo que ceder porque quería una más cercana de donde vivíamos. De eso me acordaba cuando temblaba detrás de una silla. Hasta entonces me sentía valiente viviendo lejos, en un campus, tomando mis propias decisiones. Nunca hubiera imaginado estar presente en un suceso tan horroroso. Mi madre tuvo que sufrir bastante al oír las noticias de la tragedia. Una de las mayores masacres entre estudiantes.

Tardé dos horas en comunicarme con ella para que me situara en uno de los sobrevivientes. Llorando le contaba las muertes de compañeros. Y sobre todo cómo el profesor nos salvó la vida a los de mi clase. Taponaba la puerta del aula aguantando los embistes del asesino. Se sacrificó por nosotros mientras íbamos saltando por las ventanas, tres metros hasta el suelo.

Yo pretendía que el profesor saltase conmigo, lo intenté. Unos segundos angustiosos en los que él me ordenó volar para poder contarlo. La última vez que me volví, le vi entero y entregado, cuando sonaron los disparos que acribillaron la puerta...

Cuando me preguntan cómo un chico de mi edad puede llegar a querer matar a tanta gente, les recuerdo cómo también existe la otra cara de la moneda. Cada uno entendía que tenía una misión. Salvar vidas o sacrificarlas.

Ana Isabel Gil Andrés

Menéndez y sus locas conclusiones

Llevo diez años de conserje en esta universidad y sí, los conocía a los dos. Al chico mucho menos, llevaba un par de años matriculado aquí y apenas aparecía por clase. Un tipo serio, callado y educado. Pero no, no tenía la mirada de un loco trastornado como dicen.

El profesor, era un tipo entrañable, cercano y comprometido. Pero, sabe usted, a veces estaba raro, preocupado, alerta, vivía con la sensación de que le seguían y le espiaban. Éramos muchos los que nos dábamos cuenta de este comportamiento, pero claro, todos pensábamos que era un resquicio de su vida pasada. Y el hombre estaba en lo cierto. Yo estoy convencido de que esta masacre tenía un objetivo claro y era él. Pero han necesitado sacrificar a muchas más personas para enmascarar todo esto y que parezca una matanza sin sentido. Mi mujer me dice que estoy loco, pero nada de eso. El propio profesor me lo explicaba así un día: “Mira Menéndez, cuando consigues escapar de un opresor y callas, tu silencio te da la oportunidad de una vida tranquila. Pero si utilizas tu experiencia para contarle al mundo las barbaridades sufridas, tu voz permite encararte al opresor a cambio de seguir en su punto de mira”. Eso me dijo el buen hombre, y qué razón llevaba.

Belén Fernández Lafuente

Y yo, ¿quién soy?

Todo lo que pasó aquel día no podré olvidarlo jamás. Ese día fatídico de la matanza en la universidad yo no fui a clase. Me llamo Henry y estudio filología hispánica. Soy buen estudiante pero andaba algo agobiado con los exámenes. Así que un amigo de la universidad y yo decidimos tomarnos el día libre. Esa decisión que tomé me salvó la vida. Cuando volví a casa me enteré de este suceso tan inesperado y terrible. Mis padres estaban pegados al televisor con una angustia imposible de describir. Ellos suponían que yo estaba en clase; no sabían si su hijo era una de las víctimas. Cuando me vieron aparecer entrando por la puerta, mis padres me estrujaron literalmente entre sus brazos. Yo me enteré en ese preciso instante de todo y un temblor ansioso recorrió mi cuerpo y sentí un ritmo cardíaco alocado y nervioso. Nuestros abrazos y lágrimas se desbordaron en una intensa emotividad. Nunca olvidaré a mis compañeros que no tuvieron tanta suerte como yo. Solo espero que estén en algún lugar llamado "amor". Sin embargo una duda no me deja conciliar el sueño: ¿Era realmente yo, Henry, el que apareció con su cuerpo físico? ¿O sería más bien mi espíritu quién se presentaba ante mis padres para consolarles? Quién sabe...

Esperanza García Moreda

La mañana en la que Cho Seung Hui, un estudiante de 23 años en la Universidad de Virginia (la mía) arrebató la vida a 31 personas y culminó pegándose un tiro en la cabeza.

No hay nada comparable

Cierro los ojos al tiempo que me desplomo. Me acoge un lecho frío de baldosa, sin lugar al estremecimiento.

Di de comer a mis peces esta mañana temprano, los colores de los guppys no podían ser más bonitos, los neones se explayaban traslúcidamente, los dos platys rojos entonaban una nada-danza particularmente hipnotizadora. Ahí los dejé en un equilibrio perfecto, a pesar de la fragilidad de su mundo.

La fragilidad es más implícita de lo que somos conscientes, una mañana aparentemente normal puede quebrarse y para algunos terminar enmudeciendo.

Como en una noria, suben y bajan tus emociones, suenan ecos de sonrisas cómplices, la tibia luz de un amor amaneciendo, la familia que te protege y a veces te incomoda, los recuerdos van construyendo lo que eres. Todavía no he resuelto mis creencias, me estoy desarrollando, me falta mucho que aprender, quiero seguir aquí, no quiero irme.

Una vida, una existencia, posiblemente tengamos más, pero es a lo que alcanza nuestra corta memoria. Me agarro a lo que conozco y sé que se acrecienta fuera de este campus.

Una cosa sé, que tengo sentidos y tengo alma porque siento. No solo soy organismo. Si puedo,

saldré, aunque los lamentos me pesen eternamente. Imploraré atardeceres después de haber buscado sensatez en el hombre. Si no es el fin, prometo despertar y contagiar a mis semejantes, con la firme esperanza de que esto no se repita.

El pánico domina la clase, escucho los impactos inalterablemente suspendida en el momento, mis compañeros caen.

De repente alguien decide que todo esto termina en seco para tu alma y en sangre para tu cuerpo.

Si el proyectil no me alcanza ¿podré levantarme?

Regina García García

El testigo

—Aquí Frank Thomas, de Campus Televisión, transmitiendo para la ciudad: Acabamos de llegar junto al cordón policial que rodea el edificio donde se han producido los horribles crímenes. Vamos a ver si podemos hablar con alguien que tenga información de los hechos. Por aquí viene un señor con cara de haberlo visto todo... ¡Eh señor! Sí, es a usted. Venga, por favor. Tenga cuidado con los cables, no se vaya usted a caer.

—Sí, dígame.

—Es para Campus Televisión, parece que usted ha visto todo ¿no?

—Todo, todo. No solo lo he visto, sino que ya le había yo prevenido al rector de que esta desgracia iba a suceder. ¡Ya se lo dije, ya se lo dije! Pero, claro, ellos van a lo suyo y no me hicieron caso.

—¿Es verdad que ha habido treinta dos muertos, como se dice por aquí?

—¿Treinta y dos?, ¿quién ha dicho eso? Yo he contado sesenta, y no me han dejado verlo todo.

—Pero, si a esta hora no había dentro más de cuarenta personas.

—¡Que no había más de cuarenta, dice esta..! Pero eso es sin contar la reunión de la Asociación de padres, que estaban preparando el fin de curso en las aulas de atrás.

—¿También ha matado a los padres?

—¿Cómo que ha matado? Dirá usted han matado, han... El primero disparó su ametralladora

contra los alumnos, y los otros dos tiraron las granadas dentro de la habitación donde estaban los padres.

—Esto es horrible señores telespectadores. Este hombre que dice que lo ha visto todo, contó más de sesenta cadáveres, y además dice que había varias personas, ametralladoras, granadas. Parece ser un comando.

—Sí señor —dice el hombre asomando la cabeza por el objetivo de la cámara—, un comando ruso. Yo ya lo avisé, pero no me hicieron caso. A los hispanos nadie nos hace caso y, claro, luego pasa lo que pasa. ¡Ah! y diga quien soy yo: Hoyos, Sebastián Hoyos. Pero vengan conmigo, vengan conmigo que yo les llevo al escenario...

En ese momento, se ve un movimiento entre los policías de su alrededor. El sargento recibe instrucciones por un auricular y se vuelve hacia donde están los de Campus Televisión. Luego se vuelve a dos policías próximos.

—Usted Cornell y usted Wislow, agarren a ese hombre que está hablando para esa televisión y métanlo en la furgoneta. Y ustedes los de Campus, dejen ya de joder con sus entrevistitas.

José María Araus